



ENRIQUE SHAW: UN EMPRESARIO CON CAUSA ABIERTA DE CANONIZACIÓN

Por Enrique G. Prins

Revista Criterio, n° 2387, Noviembre 2012

<http://www.revistacriterio.com.ar/iglesia/enrique-shaw-un-empresario-santo/>

“El día que cumplí 20 años, le pedí a Dios que produjera en mí los frutos que Él deseara; que me hiciera consciente de mis pecados y me convirtiera. Mis ideas religiosas se concretaron en dos puntos: comprender que soy pecador y que debo ir hacia Dios”. En su diario personal, Enrique Shaw decía que ese fue el momento de su “conversión”. Era el verano de 1941. Había nacido en París el 26 de febrero de 1921 y era hijo de Sara Tornquist y Alejandro Shaw, miembro de la Casa Tornquist en Francia. En 1923 regresaron al país, y ese año murió su madre. Fue alumno del Colegio La Salle e ingresó luego a la Armada. En 1943 se casó con Cecilia Bunge y tuvieron nueve hijos; su hija Sara recuerda la alegría con que regresaba a casa y jugaba con todos. Destinado a los Estados Unidos, en 1945 pidió la baja de la Marina para trabajar en una empresa y conocer la vida y necesidades de un obrero.

Su amigo monseñor Hildebrandt le aconseja dedicarse a la evangelización de empresarios. En Harvard cursa la carrera de dirigente de empresa. De regreso al país, ya graduado, le ofrecen cargos directivos en Ernesto Tornquist y Cía., Ferrum SA, Banco Shaw y otras firmas. Finalmente asume como director de Cristalerías Rigolleau, con 3.600 trabajadores.

La empresa era su casa: allí llevaba a sus hijos y les enseñaba a amar y respetar a los obreros, a quienes conocía por sus nombres y problemas, ayudándolos a resolverlos. “Hay que humanizar la fábrica. Para juzgar a un obrero hay que amarlo”, decía. Piensa y escribe que en las empresas debe haber una reforma interior, establecer el diálogo con quienes trabajan, mejorar la convivencia. La autoridad del empresario, expresaba, no surge de la fortuna o el nacimiento sino del propio honor. El empresario debe ser inspirador, alegre: “No se conoce ningún rezongón que haya logrado mucho. Comprender, si sólo procuráramos comprender, ¡cuánto mejor sería el país!”.

En 1952 crea la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa (ACDE), de la que fue su primer presidente. Allí predica la amabilidad, perdonar, comprender, “que la gente se sienta cómoda en mi presencia, no discutir sino explicar razonable y mansamente; que todos asocien mi nombre con un buen recuerdo”.

En 1961 Rigolleau se vende a capitales norteamericanos, que cesantean a 1.200 obreros de la planta de Berazategui. Shaw viaja a los Estados Unidos preocupado por las familias que quedaban en la calle. Propone soluciones, es escuchado y finalmente nadie es despedido.

Enfermo de cáncer, al año siguiente su salud se agrava. Le hacen transfusiones de sangre. En la puerta del hospital cientos de personas se ofrecen como donantes; eran los trabajadores de Rigolleau. Enrique pudo volver a la fábrica y en un discurso de despedida agradecer tal generosidad: “Soy un tipo feliz, porque ahora la sangre que corre por mis venas es sangre obrera; así estoy más identificado con ustedes, a quienes siempre consideré no simples ejecutores, sino también ejecutivos”. Semanas después, el 27 de agosto de 1962, fallecía a los 41 años.

En la misa por la apertura de su causa de canonización, el cardenal Jorge Mejía decía: “Lo extraordinario de Enrique era lo ordinario, lo ordinario extraordinariamente hecho”.

El autor fue presidente de ACDE Rosario.